



con su mujer, que se llamó D. Jaime, en edad de solos cuatro años. Quedaron otrosí dos tíos del niño, D. Fernando, hermano del muerto y abad de Montaragon y por el mismo caso monje profeso, y D. Sancho, conde de Ruysellon, persona de mucha edad, ca era tío del muerto, hermano de su padre. Estos dos señores, sin embargo el uno de su edad y el otro de su profesion, entraron en pensamiento de apoderarse del reino. Para salir con esto, cada cual por su parte procuraba ganar las voluntades del pueblo y conquistar por todas vías posibles á la gente principal. Alegaban para esto, que D. Jaime era hijo bastardo, y que excluido el niño como tal, entraban ellos en el derecho de la corona como deudos más cercanos, por razones que cada cual proponia en su favor y para excluir al otro competidor. Los prelados, los señores y ricos hombres del reino llevaban mal la ambicion destos dos personajes y sus prácticas. En especial Pero Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, sentia mucho que se tratase de excluir aquel niño de la sucesion y privarle del reino de su padre: y mucho más, que en tal coyuntura estuviese como cautivo en poder de Simon de Monforte. Comunicóse con los demas, acordaron despachar una embajada al papa Inocencio, en que le suplicaban interpusiese su autoridad y mandase á Simon de Monforte les restituyese el niño para ponelle en lugar de su padre y alzalle por su rey, que tal era la voluntad de los de aquel reino, grandes y menores.

Oyó el pontífice benignamente esta embajada, parecióle la demanda muy justificada, despachó sus breves enderezados á su legado el cardenal Pedro Beneventano que, en su nombre, asistia á la guerra contra los herejes. Encargábale diese todo contento á los de Aragon, si juzgase todavía que pedian razon. Entre tanto que se trataba desto, Simon de Monforte se apoderó de la ciudad de Tolosa, nido y guarida principal de los alborotados y rebeldes. Juntó el legado un concilio en Montpellier, para resolver lo que se debía hacer. Acordaron los padres, entre otras cosas, de nombrar por príncipe y señor de todo lo conquistado al mismo conde de Monforte en premio de sus trabajos.

Para que el papa confirmase este su decreto, le enviaron por embajador al obispo Ebredunense ó de Ambrun. En este término se hallaban las cosas de Francia. En España se padecia grande hambre por causa de la sequedad. Tras la hambre, como es ordinario, se siguió gran mortandad, ocasionada de los malos manjares de que la gente se sustentaba. Por la una y por la otra causa muchos pueblos y aldeas se yermaron, y más en el reino de Toledo, como más sujeto á esta calamidad por ser lo más alto de España. Acudió al remedio D. Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, repartió gruesas limosnas de su hacienda, y con sus sermones animó al pueblo para que todos ayudasen, cada cual conforme á su posibilidad.

Esta diligencia y el fruto que della se siguió, que fué notable, agradó tanto al rey don Alonso, que en lo postrero de su edad, estando en Búrgos, hizo donacion á la iglesia de Toledo de muchos pueblos, hasta en número de veinte aldeas, por parecerle se empleaban muy bien las riquezas y mando en quien usaba bien dellas, y que era ponellas como un depósito comun para acorrer á las necesidades. En particular concedió al arzobispo de Toledo, que por tiempo fuese, el oficio y preeminencia de canciller mayor de Castilla, que en las cosas del gobierno era la mayor dignidad y autoridad despues de la del rey: privilegio que siete años ántes se dió al arzobispo D. Martin, pero por tiempo limitado: al presente para siempre á D. Rodrigo y sus sucesores. Este oficio ejercian los arzobispos en lo adelante, cuando andaban en la córte: si se ausentaban, nombraban con el beneplácito del rey un teniente que supliere sus veces y despachase los negocios: esto se continuó hasta el tiempo del arzobispo D. Gil de Albornoz, cuando por su ausencia y por la revuelta de los tiempos se comenzó á dar aquel oficio á diferentes personas, sin consentimiento de los arzobispos, que sin embargo todavía se intitulan cancilleres mayores de Castilla; por lo demas ninguna otra preeminencia de aquel oficio les queda, ni tienen en su poder los sellos reales, ni acuden á ellos los negociantes.

Hallábase el rey en Búrgos: deseaba recon-



ciliarse con su primo el rey de Leon, de quien se mostraba muy sentido, despues que repudió á su hija doña Berenguela, y todavía duraba la enemiga. Concertaron vistas para Valladolid, y allí asentaron sus haciendas; en particular se acordó echasen por tierra y despoblasen al Carpio y Monterrey, sobre que tenían diferencias, y los de Castilla los tomaran á los de Leon. Tomado este asiento, se partió el rey de Leon para su tierra, y con licencia del rey de Castilla llevó en su compañía á D. Diego Lopez de Haro para ocuparle en la guerra que por aquellas partes hacia contra los moros. Era D. Diego famoso capitán en aquel tiempo, amado de los príncipes, agradable á los soldados; así, demas de su hijo D. Lope, le siguió un buen golpe de los soldados castellanos, por el deseo que todos tenían de ejercitarse en aquella guerra debajo de la conducta de caudillo tan principal. El rey de Castilla, aunque viejo y muy cansado, no tenía ménos deseo de proseguir por su parte la guerra contra los moros, que quedaron amedrentados por la pérdida pasada, y á pique de perderse por estar divididos entre sí, y alborotados con bandos y parcialidades. Adelantóse el rey de Leon: rompió por aquella parte de la antigua Lusitania que confinaba con su reino, y hoy se llama Extremadura. Talóles los campos, quemóles y saqueóles los pueblos y las aldeas, hizo grandes presas de hombres y de ganados. En particular á la ribera del rio Tajo ganó de los moros una villa antigua y fuerte que se llama Alcántara. Para que la defendiesen, hizo della gracia á los caballeros de la orden de Calatrava, que pusieron allí buena guarnicion de soldados, que de ordinario salian á correr la tierra de los moros y á hacer sus cabalgadas.

Este fué el principio que tuvo la caballería de Alcántara, pequeño y flaco, como suele ser en las cosas grandes que se levantan de pequeños principios. De aquí vino que esta nueva caballería al principio fué sujeta á la de Calatrava; al presente se tiene por exenta, en especial despues que estos caballeros ganaron una bula; en este propósito del papa Julio II, en ninguna cosa quieren reconocer esta mayoría. El hábito de Calatrava antiguamente fué un

escapulario, con una capilla que dél salia, sobre el vestido, á la manera de los frailes; mas por concesion del papa que en tiempo del scisma se llamó Benedicto XIII, el año de mil trescientos noventa y siete, dejaron la capilla y tomaron la cruz roja florisada de la forma que hoy la usan, que se remata en cuatro flores de lis. Los de Alcántara en sus principios usaron por hábito de un capirote y una chía roja, ancha cuatro dedos, y larga una tercia; pero el mismo papa les concedió por su bula trocasen aquellas insignias en la cruz verde florisada, de que usan en manto blanco, de la misma forma y remates que la de Calatrava, que fué el año adelante de mil cuatrocientos once. Los unos y los otros militan debajo de la regla de San Bernardo, y son sujetos á la orden del Cister.

Este fin tuvo y este efecto hizo la guerra que el rey de Leon movió contra los moros por este tiempo, algo más próspera que la que se hizo de parte de Castilla. Fué así que el rey D. Alonso de Castilla dió vuelta al reino de Toledo; seguiale mucha gente que hizo levantar en todas partes, con que llegó hasta Consuegra y hasta Calatrava, que eran las fronteras por aquella parte de su reino. Pasó adelante, rompió por las tierras de los moros hasta llegar á Baeza, que era vuelta á poder de moros. Hizo grandes talas por aquella comarca, robos y sacomanos; finalmente, se puso sobre aquella ciudad con intento de rendirla. Acudió á servirle en este cerco, entre otros, Diego Lopez de Haro, despues que se dió fin á la guerra de Extremadura. Hicieron todo el esfuerzo posible, mas no pudieron salir con su intento, á causa que el año era muy falto de mantenimiento y no se podian proveer de vituallas. Hicieron treguas con los moros, y con tanto dieron la vuelta para proveerse de lo necesario y poderse sustentar: por lo demas, se presentaba buena ocasion de sujetar á los moros, por estar divididos y tener entre sí guerras civiles.

La cosa pasó desta manera: el rey Mahomad, por sobrenombre el Verde, despues que perdió aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, acordó para rehacerse de fuerzas pasar en África. Entre los moros, más que entre otras



gentes, ningún respeto se guardan de lealtad y parentesco. Zeyt Abenzeyt, su hermano, tomó ocasión de aquella ausencia para apoderarse de la ciudad de Valencia y de Monviedro con toda aquella comarca. Lo mismo hizo un su primo, por nombre Mahomad Zeyt, en las ciudades de Córdoba y de Baeza, que se alzó con ellas con color que era nieto de Abdelmon de parte de un hijo suyo llamado Abdalla, y por esta causa le pertenecían los reinos de África y de España, que fueron de su abuelo. Demas desto, otro moro, por nombre Albulali, muy principal en riquezas y vasallos, movido por el ejemplo de los moros ya dichos, y convidado de la ocasión que se le presentaba, sin otro mejor derecho, se apoderó de Sevilla, de Écija y de Jerez. Desta manera las fuerzas de los moros, que de suyo no eran muy grandes, se dividieron en muchas partes, y por el mismo caso se enflaquecieron.

Buena ocasión era esta; mas el rey D. Alonso, que era el más poderoso príncipe de España, no pudo acudir á esta guerra, no sólo por falta de vituallas, sino por dar socorro á los ingleses, con quien tenía deudo y amistad, y cuyo partido en las partes de Francia andaba muy de caída, á causa que los franceses, contra lo que tenían asentado, de repente les movieron una guerra muy cruel y sangrienta. Por el mismo tiempo, el rey de Portugal, D. Alonso el Segundo, por sobrenombre el Gordo, andaba ocupado en recobrar por las armas los estados que en aquel reino su padre dejó en su testamento á sus hermanas; causas que alegar para lo que quieren, nunca á los príncipes faltan. Acudieron aquellas señoras al amparo del rey de Leon, que era su deudo, y les caía más cerca para valerse de sus fuerzas: no fué él mismo en persona; pero envió á su hijo D. Fernando, el cual con las armas ganó de los portugueses algunos pueblos, que adelante se volvieron por mandado del papa Inocencio, que interpuso su autoridad para sosegar estos bullicios y componer todas aquellas diferencias.

El rey de Castilla á la misma sazón deseaba verse con el rey de Portugal, su yerno, para comunicar con él cosas muy graves. Convidóle por sus embajadores que se llegase á Plasencia,

cia, y porque entendió que la venida del portugués se dilataría algún tiempo, pasó á Búrgos con intento de acudir á lo de Francia, y enviar en favor de los ingleses gentes de socorro. La muerte atajó todas estas trazas. Daba la vuelta desde Búrgos por el deseo que tenía de verse con el rey de Portugal, cuando en Garcimuñoz, pueblo conocido, le sobrevino una dolencia mortal, que se le aumentó con cierto aviso que le llegó, de que aquel rey se excusaba de llegar hasta Plasencia, y sólo venía en que si aquellas vistas importaban tanto, se hiciesen á la raya de los dos reinos. Esta es la condición de muchos príncipes, que por no reconocer ni dar ventaja á nadie, sea deudo, sea superior, sea más anciano, dejan pasar muchas ocasiones de concluir negocios muy importantes. Puede también sospechar que aquel príncipe no se fió mucho del de Castilla, si bien era su suegro, por ser astuto y mañoso, y muy atento á sus particulares. Agravóse la dolencia tanto, que los médicos le desahucieron. Asistióle en aquel último trance el arzobispo de Toledo, que desde Calatrava, donde residió algún tiempo para remediar la hambre, como queda dicho, concluido aquel negocio, acudió á Búrgos y hacia compañía al rey. Él mismo le confesó y hizo que recibiese los demas Sacramentos como suelen los cristianos, ordenase y otorgase su testamento. Esto hecho, rindió el alma el lunes á seis de Octubre, día de Santa Fides, virgen, del año que se contaba de mil doscientos catorce. Conforme á esto se ha de corregir la letra del arzobispo D. Rodrigo, que muchas veces por culpa de los impresores y de los escribientes, está muy estragada.

Este fin tuvo el rey D. Alonso, el más esclarecido príncipe en guerra y en paz de cuantos en aquel siglo florecieron. Él solo acabó muchas cosas y salió con grandes empresas; los otros reyes de España, sin él y sin su ayuda, apenas hicieron cosa alguna que fuese de mucha consideración. Falleció en edad de cincuenta y siete años, y más veintidos días; dellos reinó por espacio de los cincuenta y cinco. Sepultaron su cuerpo en las Huelgas de Búrgos; acompañóle la reina doña Leonor, su hija doña Berenguela, el arzobispo D. Rodrigo con otros



principales del reino. Fallecieron asimismo este año la reina de Castilla, viuda, doña Leonor, y D. Fernando, el hijo mayor del rey de Leon, habido en su primera mujer, y demas destos D. Diego Lopez de Haro, D. Pedro de Castro, hijo de D. Fernando de Castro, todos personajes muy principales. La muerte de la reina fué en Búrgos, viénes último de Octubre. El dolor que recibió por ver muerto su marido, que le quería mucho, le aceleró su fin; como fueron muy conformes en la vida, así sepultaron su cuerpo junto al de su marido.

D. Fernando, hijo del rey de Leon y de su mujer doña Teresa, era mozo de aventajadas partes y que daba muy buenas muestras, si la muerte ántes de tiempo no le atajara los pasos y cortara las esperanzas que tales virtudes y la apostura de su cuerpo prometían: enterráronle en el templo de Santiago de Galicia. Quedó otro hermano suyo de su mismo nombre, pero nacido de otra madre, que fué doña Berenguela, y que adelante sucedió en el reino de Castilla, y también á su padre, como se verá en sus lugares. D. Pedro de Castro ayudó y sirvió muy bien al rey de Leon en las guerras que hizo contra moros; su muerte fué en Marruecos, ciudad de Berbería. La causa por que pasó en África, no se sabe; por ventura algún disgusto, ó la amistad que tenía trabada con los moros desde el tiempo de su padre. Falleció á diez y ocho de Agosto deste mismo año en que vamos.

Después de la muerte de D. Pedro, rey de Aragon, y D. Alonso, rey de Castilla, resultaron en el un reino y en el otro bullicios y alteraciones muy graves, á causa de la poca edad de los nuevos reyes D. Enrique y D. Jaime, que sucedieron á sus padres. Los señores á cuyo cargo estaba mirar por el bien y pro comun, todos tenían más atención á sus particulares. Muchos en Castilla pretendían apoderarse del gobierno, y en nombre de otro, que era el rey, mandallo ellos todo, quitar y poner á su voluntad. Algunos en Aragon pasaban más adelante, ca pretendían coronarse y gobernar en su nombre todo aquel reino. ¡Cuán desapoderado y perjudicial es el apetito de reinar y la ambición! Todo lo revuelve y lo

trueca, sin tener cuenta con la infamia ni lo que la modestia y templanza piden. Entre estas tempestades, el gobierno y la gente andaba como nave sin gobernalle azotada de los vientos y de las olas del mar, especialmente en Aragon se veían estos daños por la ambición perjudicial de D. Sancho y de D. Fernando, tíos de aquel rey, que según queda dicho, pretendía cada cual para sí aquella corona. No les faltaba brío para salir con su intento, ni maña para granjear las voluntades del pueblo. Alegaban que el rey D. Jaime no podía heredar á su padre por no ser de legítimo matrimonio. Demas desto, D. Sancho, contra su competidor se valía de que era monje profeso, y por el mismo caso incapaz de la corona; don Fernando, del ejemplo del rey D. Ramiro, que sin embargo que era monje y de mucha edad sucedió en aquel reino á su hermano, y que quitado este impedimento, él era de los transversales el pariente más cercano.

Con esto el reino se dividió en tres parcialidades; pocos, pero los mejores y más poderosos, seguían el partido del verdadero rey. El pueblo, sin cuidar mucho de lo que era justo, se arrimaba á los que de presente con dádivas y con promesas los granjeaban. Enviáronse sobre el caso embajadores al papa Inocencio, como arriba queda dicho, para pedir á su rey, el cual en compañía del obispo Ebreduense, con muy buenas palabras los remitió á Francia enderezados al cardenal Beneventano, su legado, con órden que al conde de Monforte entregase lo que tenían ganado en Francia contra los herejes, á tal que el mismo pusiese en libertad al niño rey de Aragon y le entregase á sus vasallos. Sabida la voluntad del papa, el legado y el conde de Monforte obedecieron sin dificultad.

Hallábanse en Carcasona, desde donde acompañaron al rey, que tenía solos seis años y cuatro meses, hasta la ciudad de Narbona; en su compañía D. Ramon, conde de la Proenza, su primo hermano, y de la misma edad del rey, para que se criase en Aragon entre tanto que las guerras de Francia se apaciguaban. Acudieron á aquella ciudad por estar á la raya de los reinos muchos señores de la corona de Ara-